

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: F. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
30 Noviembre 1889.
NÚMERO 61.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

EL GOBIERNO DEL BRASIL.

Consecuente esta *Revista* con su programa de ofrecer á los lectores las actualidades que llaman la atención en Europa, ofrece hoy las caricaturas de los hombres más importantes de la revolución brasileña; los cuatro forman parte del Gobierno Provisional, y han sido los principales autores del movimiento republicano que de una manera tan radical ha cambiado los destinos del Brasil.



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.
Seis meses..... 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS

» ATRASADO, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



DEODORO DE FONSECA
Presidente.



BENJAMÍN-CONSTANT
ministro de la Guerra.



RUI BARBOZA
ministro de Hacienda.



QUINTINO BOCAYUVA
ministro de Negocios Extranjeros.



dera, señor vizconde.

—Abandónese

usted, niña, abandónese...; no conviene estrujar á la pareja.

—Una... dos... tres... Salga usted ahora, Duquesa... Un poco más de prisa, Barón... ¡Cuidado!... Cifíase usted más á la Generala... ¡Oído! Más abandono en el cuerpo... más soltura en los movimientos... ¡Compás! ¡Muchísimo compás!... Una... dos... ¡ahora!... ¡Oído!... ¡Esta vez nos ha salido un poquito desigual!...

Descansen sus excelencias, y volveremos á repetir el vals corrido.

Y el maestro se enjuga la sudorosa calva, sonríen las niñas, y los galancetes se estiran el *smoking*, ralmiéndose de gusto al pensar las delicias que les esperan cuando se reanude la lección.

¡Qué gusto!

Por lo visto, la juventud aristocrática olvida aquellos versos famosos del que fué, en su tiempo, predicador predilecto de la clase:

«Ah, joven que vas bailando,
al infierno vas saltando!»

Y siguen rindiendo culto á Terpsicore.

¡Ya le cazaron, ya le cazaron!

Nos referimos al famoso Jack el Destripador.

Por algo dimos nosotros en el número anterior sus señas personales y las de su domicilio.

Pero nosotros no dijimos, ni mucho menos, que detuvieran ustedes al pobre Carmelo Rodríguez, el viajero infatigable, ex-portero de Palacio, el ayudado de cámara del embajador de Rusia... habitante hoy ¡por desventura suya!, en el barrio de las Injurias...

¡Así le han injuriado!



Nuestra activa policía,
que aquí está tan calumniada,
le pescó, como quien dice,
con las manos en la masa.
¡Ya tenía dos chiquillos
preparados! ¡Si eso espanta!
¡Iba á destriparlos! ¡Quid!
¡Iba á soltarles la rata!
¡Si es una buena persona!
¡Y por poco no le mata!»

Afortunadamente se puso la cosa en claro y al Rodríguez en libertad, como era natural que así hicieran.

Ahora el seudo Jack quiere trasladar su domicilio.

Huye del barrio de las Injurias—¡qué bonito nombre!—y está dudando entre el Pacifico ó la Guindalera.

Donde debe mudarse es al de la Prosperidad.

(E. N. GONZÁLEZ.)

¡Cómo está la sociedad!
¡En qué tiempos vivimos!
¡Asusta el pensar lo que puede ocurrir dentro de algunos años, si las cosas siguen por este camino de perdición!

Los republicanos del Brasil arrojan del solio al emperador D. Pedro; el duque de Cambridge, tío de la reina Victoria y generalísimo

del ejército inglés, ha sido citado ante los Tribunales de policía de Londres por el *reporter* de un periódico semanal; el embajador alemán en Atenas ordena á su cochero que enganche, para asistir al baile que se daba en Palacio con motivo del matrimonio del príncipe heredero, y el cochero le contesta:

—¡Imposible! Hoy no puedo servir á S. E.

—¿Por qué razón?

—Porque yo también estoy invitado al baile; y no quiero faltar.

¡Y el embajador, nada menos que el embajador de Alemania tuvo que ir al baile en un coche de alquiler, porque su cochero asistía al baile de Palacio en calidad de consejero municipal!

¡Horror y abominación!

¡Bien hacen los conservadores en oponerse al sufragio universal!

¡Ese pícaro sufragio nos faltaba!

En algunos Estados del Norte América la suscripción á los periódicos puede pagarse en especie.

He aquí la tarifa de suscripción por año que publica el *Herald de Harell-Green* (Kentucky).

Veinte libras de cerdo; ó diez libras de salchichón; ó dos fanegas de patatas; ó cinco de nabos; ó diez libras de tocino; ó una fanega de cebollas; ó un jamón!

Será la Administración por complicada, imposible; pues si pagan en especie cuantos van á suscribirse, más que oficina, será almacén de comestibles.

De una revista de salones:

«Prometé animación el invierno. Los bailes menudearán. El profesor de baile D. Manuel Fernández no tiene ya punto de reposo, prodigando de hotel en hotel las enseñanzas del género que cultiva.»

¡Delicioso!

¡Quién pudiera asistir á una de esas lecciones en que prodiga sus enseñanzas el reputado maestro!

Parece que le estamos oyendo.

—¡Niñas, en baile!

—¡Formalidad, que esta mazurka es de importancia!

—Marquesa, adelante usted el pie izquierdo.

—Meta usted esa ca-



MANTILLAS Y SOMBREROS

THAT IS THE QUESTION

AL EXSISNE FACOTILLETU PEPE OSTILLI (1)

Ponte, Marna, el gorro... ¡Oh Dios, qué encanto...
Ahora ponte el sombrero... ¡Ah, qué bonito!
Ponte el pañuelo... A ver... ¡Se necesita,
para no pervertirse, ser un santo!

Ponte ahora la mantilla... No me aguanto
si así te miro mucho... ¡Quita! ¡Quita!
Pues ahora ponte el velo, Mariquita...
Pues ahora, Mariquita, ponte el manto...

Cabeza de mujer joven y hermosa,
no es preciso adornarla por sistema,
porque siempre está bien... con una rosa.

Con mantilla, con gorro ó con diadema.
Arreglarla por fuera es fácil cosa...
Arreglarla por dentro... *Ecco il problema!*

PHILIP PEREZ Y GONZÁLEZ



CONFORMES

¡Bien por Estrada, que brilla
y es adalid de la prensa,
cuyo ingenio maravilla...
Y oí por esa defensa
que ha hecho usted de la mantilla!

Al ver su escrito ingenioso
me he legado á convencer.
¡Con ese tono gracioso
llegaría hasta creer
que Pronatura es muy hermoso!

Con mucho salero y mafia
igual que á un vino me engaña,
sin armarme ningún trapa.
¡No hay quien escriba en España
con la gracia de ese Pepe!

Y aunque también Pepe soy,
el sombrero, desde hoy
dirá, según imagino,
que defendiéndole estoy,
no hecho un Pepe, si un papirón.

La mantilla, á no dudar,
con nuestros gustos se acomoda,
nos consiguó entusiasmá,

y hasta se puede llevar...
al monte, si á mano viene.

Pero, en cambio, los sombreros,
aunque estemos muy perdidos,
no los llevamos ligeros,
porque allí no admiten sidos
de canarios y jilgueros.

¡La mantilla! Hay que alabarla
si se pone nsta á elogiaria,
contradiéndome á mí,
¡Con un defensor así,
cualquiera iba á condenarla!

Nada, me doy por vencido
porque usted me ha convencido,
y la convicción no humilla.
Desde hoy soy un decidido
defensor de la mantilla.

Y si de usted es aplaudir
lo que mi pluma inmortaló,
con su modo de escribir,
hasta va más á conseguir
que lleve mantilla yo!

J. ROBLO

SONETO

¿Cómo me gusta más una mujer?
Difícil, por mi vida, es contestar:
que en la mujer que sabe hacerse amar
el tesoro es la mente, á mi ver.

Me ya que me opinan que es saber
aunque es buelca de mí, la voy á dar,
como siempre, dejándome arrastrar
por mi afición á todo lo de ayer.

Para mí no hay adornamientos
como un manto de humos, que traldea
oculta y muestra á medias un perfil.

Eso, y una gorguera que enredos
de un blanco cuello curvase sutil...
¡Qué dos telas de araña del amor!

ANGEL R. CHAVES

Mi opinión.

De sombreros y mantillas
hoy habla todo el que escribe,
desde en soneto inclusivo
hasta en romance, quintilla,
pareados, redondillas,
ó en otra composición,
en amena discusión
opinando de mil modos;
y pues así lo hacen todos,
ahí va también mi opinión.

Si sobre un rostro hechicero
está un gorro colocado,
ya me tiene usted chiflado
por la niña del sombrero;
si es mantilla, la prefiero;

pañuelo también me choca,
y mis deseos evoca
cualquiera, indistintamente,
si busca más aliciente
en boina, capucha ó toca.

Pero aunque tales hechizos
admiro, y tales cuantos,
siempre, como uno de tantos,
los prefiero sin postizos.
Luzcan sus trenzas ó rizo
sin ocultar su puzca,
que yo encuentro más belleza
y más me remonto al cielo
con una mujer *al pelo*
ó *en pelo*... ¡Así, con franqueza!

ALFONSO Y HERRERO

(1) Y perdón de usted la confianza.

PALIQUE

Y a ha publicado Cánovas otro prólogo.
El buen señor tiene una vocación de pórtico que no
hay quien la destruya. Quiere hacer la competencia á la entrada
del Infierno (*porta inferi*) diciendo:

Per me si va tra...
Per me si va nella...

Hay que repetir aquello de «No se pase sin hablar al por-
tero.»

Y, como los porteros, los editores van á tener que decir á
cada libro que publiquen: «Hay entresuelo; esto es, hay prólogo
canovístico.»

Preciso es confesarlo, Cánovas decae. Ya no es tan laberín-
tico como era; Estrada, el pentacróstico, fué más consecuente
con sus incubraciones.

Á Cánovas hasta se le entiende á veces.

No siempre; por ejemplo, al comenzar este nuevo prólogo,
prólogo nada menos que de la nueva edición de *Pepita Jiménez*
dice D. Antonio: «El autor de este libro suspendió un viaje, por
lo común rapidísimo...»

¿Quién entiende ese *por lo común rapidísimo*? Lo común será
no entenderlo.

Cánovas está cansado de que se le diga que habla de litera-
tura contemporánea sin leer las novelas que se publican y hasta
los libros de crítica que hace al caso. Y este verano ha cogido
y se ha puesto el cuerpo como un tambor á fuerza de leer cosas
de Zola, Goncourt, Daudet, etc., etc.

Y ahora que le entren moscas. Lo que él decía (antes de estar
enterado): «Todo eso es una indecencia.» Hasta ha leído lo que
putiéramos llamar *Cuestión en palpitante*, de doña Emilia Pardo
Bazán; y más es: ha leído las novelas de esta ilustre dama.

¡Qué Cánovas éste! ¡Qué humilde, qué sencillo!

Veán ustedes: se ha leído *El signo de Vilamorta* como un
cualquiera. Y tanto es así, que en un luminoso paralelo entre la
Pardo y Zola, no vacila D. Antonio en decir que los dos tienen
talento, pero que doña Emilia aventaja á D. Emilio en el buen
gusto, que el otro no tiene. De modo que para Cánovas, ó yo no
entiendo de canovística, vale más la autora de *Morriña* que el
autor de *Germinal*.

Sea todo por Dios; pero lo que no está bien es creer que
baste un verano para estudiar todo lo que D. Antonio no sabía—
ni sabe—de literatura contemporánea. Menéndez Pelayo le da
un varapalo soberano al jesuita Yungmann por ponerse á escri-
bir una estética en sus ociosos veraniegos de fraile calzado (es
jesuita Yungmann). Pues si se atreviera D. Marcelino, mejor
corrida de baquetas podía propinarle á su jefe D. Antonio, que
con gran descaro declara que se ha hecho un sabio en materia
de realismos y materialismos, entre vaso y vaso de agua calien-
te en no sé qué Termas regaladas.

Á D. Antonio le pasa con la literatura lo que á Sagasta, ó á
él mismo, con la música que oyen en el Real. Entran tarde (y
salen temprano) en su palco de ministros; miran á las beldades
de los contornos, hablan de política, se fijan en la tiple si es
guapa, oyen distraídos algunas notas, y echan á correr en se-
guida para seguir haciendo la felicidad del país. De esa manera
no se puede ser un Sando, ni un Hanslick. Es muy probable
que Sagasta no sepa todavía el argumento de *La Favorita*. Pues
así entra y sale Cánovas en la literatura. Cree que se entera de
algo, y no hay tal cosa. Primero nos vino con la novedad de
que el *quid* del arte estaba en el *juego*; y, por supuesto, sin en-
tender siquiera la teoría de Spencer ni la de Schiller. Ahora se
presenta con una porción de pauplinas, con las cuales á mí me
viene Dios á ver, porque tengo asunto para muchas cuartillas,
que es, como si dijéramos, para ganar unas cuantas pesetas.
Donde no haya gazpacho, ¿qué comerán? Donde no haya Cánovas,
¿de quien se reirán?

Porque es muy de reír la manía del amigo de Cherbuliez que
se empeña en que le tomemos por literato, como si todos fuésemos
Pidales y Villaverdes que han sido ministros por eso.

Hay clases, D. Antonio, hay clases. ¿Usted piensa que los
hijos de este *fin de siglo* nos chupámos el dedo? ¿Usted cree que los
tomamos por ciencia ni experiencia esas sabidurías que á usted
le salen como si fueran granos al llegar el otoño, y con él la aper-
tura de Ateneos y demás chirigotas que usted preside? Esas
erudiciones de morondanga se dejan para los jovencitos que
secretarizan y viven una temporada de la ilusión de creer que
han engañado al mundo entero con las notas de sus *memorias*,
y aquello de *Vid... ubi supra, confr.*, y las citas en inglés: *The...
of...*, y las citas en alemán: *Der... das... thum... chaf...*. Pero usted,
D. Antonio, ya es viejo para esos desahogos de la vanidad in-
ofensiva. ¿A qué vienen tales fingimientos? ¿Que usted no es un
sabio de veras? ¿Y qué? En cambio ha sido usted mucho tiempo
ministro, y se ha hecho rico. ¿Que es usted un hombre vulgar,



MANTILLAS Y SOMBREROS

Los Sres. Estrafí, Navarro Gonzalvo, Rodas, etc., han dicho cuento han querido acerca de los adornos en la cabeza de la mujer; yo, con permiso de ustedes, vido la palabra y digo:



Que Salomón, autoridad indiscutible en cosas de mujeres, las gastaba del calibre y tocado que ven ustedes.



Que Josef, el casto Josef, no aceptó los favores de la impúdica mujer de Putifar, porque tenía mal gusto para la cabeza.



Que los hijos de Esparta se dedicaron con tanto ardor a la guerra porque sus mujeres les ofrecían pocos atractivos.



Que los romanos morían heroicamente ante sus hembras porque ya éstas se arreglaban una mijina.



Que en los turcos hizo tal efecto el adorno mujerial, que ya les pareció poco una mujer y cogieron una docena por barba.



Que las caprichosas combinaciones en los peinados de las venecianas dieron lugar a aquellas intrigas y dramas que aún horripila recordarlos.



Que comprendiendo las mujeres que sus veleidades cabelludas eran causa de sin sabores y fieros males, decidieron ocultar sus cabezas cuidadosamente.



Que a fin de evitar esto mismo, la mujer griega de hoy adopta los usos y costumbres de los hombres.



Que la costumbre italiana obedece a que, no sabiendo qué ponerse, acabaron por liarse los trapos a la cabeza.



Que la japonesa hubo de tomar precauciones a fin de evitar que los lúbricos labios de ellos hollaran sus perfumados cabellos.



Que la holandesa, la mujer más laboriosa del mundo, no sólo tiene sus trabajos, sino también el de llevar encima eso.



Que, por último, la neoyorkina ha llegado a una horrosa confusión de sexos. Hasta aquí el tocado de la mujer de otros países y edades. Sirvanos de estudio comparativo. Veamos ahora:

Ó CÓMO SE HAN DE CUBRIR LAS MUJERES



Estrafí, el saleroso pacotillero, enseñando la oreja tradicionalista, defiende a capa y espada la mantilla, que fué encanto de nuestros abuelos; ya hoy...



Rodas empezó defendiendo el sombrero; pero cobardel se ha pasado al enemigo ó enemiga.

¡Un campeón para esta pobre señora!



Navarríto, á quien todos creíamos de ideas avanzadas, nos sale ahora con la cantinella de que no hay nada como el pañuelo. ¡El pañuelo de los tiempos de Fernando VII el Deseado!



Otro señor, Sánchez Díaz, elogia las excelencias de la boina, con la que las mujeres parecen chicos.



Bueno: pues yo, después de todo lo que ustedes han visto, levanto la voz y digo: ¡Caballeros, ninguno, desde Salomón hasta nuestros días, sabe lo que se dice en estos asuntos! Donde esté una cabeza bien peinada, con el salero y el garbo que saben hacerle las madrileñas, que se quiten todos los adornos y perifollos. La cabeza al aire, libre. ¡Yo proclamo la cabeza libre en el estado libre!



un *burgués académico*? ¿Y qué? Puede que fuera vulgar también el mismo Octavio, y Lépido lo era de fijo, y Sagasta hace alarde de serlo. Sagasta, que no sabe más versos que los que se citan de cuando en cuando en el Congreso, hace mucho mejor papel que usted en literatura. Dice Sagasta, por ejemplo: «¡Ah, señores diputados! esto me recuerda lo que dijo el poeta (que así le descañicien, no sabe quién fué):

Las torres que desprecio al aire fueron...

Y está bien; da gusto oírle; porque en seguida se va adonde hace falta y consigne que no le llamen á usted para formar Ministerio. Un día Zoilo (don Pérez), cuando era amigo todavía de D. Práxedes, le habló así:

—Oye, Mateo; muchas veces he oído citar lo de las torres que desprecio al aire fueron... y nunca sigues. ¿Es que no sabes lo demás, ó que no hace al caso?

—Es que no hace al caso que yo sepa lo demás.

Fíjese el Sr. Cánovas en la frase de Sagasta; imite su ejemplo, y llegará á tener en literatura la única opinión que le conviene. Y convénzase de que todos esos idealismos y realismos estéticos son para él *res inter alios acta*.

Pero, y D. Juan Valera, ¿cómo tiene esas bromas? ¿Cómo consiente que una elegante edición de sus novelas comience con

un prólogo de Cánovas, que, como se ha visto, comienza á su vez con un viaje por lo común rapidísimo, y sigue con mil bobadas, por lo común graciosísimas?

Supongo que esa edición de las famosas novelas, ya clásicas, de Valera, no será la edición *nec varietur*.

Porque hay que variar el prólogo.

Á la posteridad no se la pueden presentar ciertas cosas.

Por supuesto que Cánovas mira á Valera por encima del hombro, y viene á llamarle autor de segundo orden, porque... «Como la novela no tiene mucha importancia...»

¡Claro! Donde está la lírica del cantor de doña Elisa ó Luisa (¡qué habrá sido de ella!), callese el Quijote.

Lo peor no es nada de eso. Lo peor es que al final D. Antonio advierte que se ha cansado de escribir prólogos (no alegrarse!), y que en adelante va á trabajar por cuenta propia y á escribir libros.

¡Santo Dios! ¡Y yo que me quejaba!

¡Más prólogos, por piedad, más prólogos!

Bien decía Belial, el diablo aquel de Milton:

Better than words;

ó, para que lo entienda Cánovas; «del mal el menos.»

CLARÍN.

REVOLUCIÓN DEL BRASIL.—LA FAMILIA DESTRONADA



El emperador D. Pedro II.



La Emperatriz.



El conde de Eu.

MÁS DESAHOGOS

Á CALIXTO NAVARRO

¡«Desgraciado!» ¿Sabes lo que has hecho? ¿Has medido el alcance de tu «Derecho del pataleo»? ¿Has meditado acerca de la importantísima trascendencia de todas y de cada una de las frases que en él has estampado? ¿No? Pues... ¡peor para ti!

—¡Más te valiera estar *duermes!* que dijo el otro.

Pero lo que el otro no dijo, te lo voy á decir yo, en defensa de ese público que tan despiadadamente maltratas, con buena intención, pero que le pones verde, y de oro y azul, porque ejerce el derecho de pataleo, derecho que no se le niega ni al más modesto de los cuadrúpedos clasificados por Cuvier.

¡Bonito estaría el público de cualquiera de nuestros coliseos (tuyos y míos no son, pero pueden llegar á serlo), si se le obligase á juzgar una obra, calzando la gentil alpargata ó la histórica sandalia! ¿Quién es el famoso empresario que se atreve á colgar en la puerta de entrada á las butacas un cartel concebido en los siguientes términos?

SE PROHIBE LA ENTRADA CON BASTONES Ó PARAGUAS

Sería equiparar el teatro con cualquier Exposición de Bellas Artes, y allí no hay más Bellas Artes ni más Exposición que la del autor... cuando no da gusto á los señores.

A esos señores *zero* y *sietemesino* que tú criticas porque nos patean, y á los que has tomado... ¡guasón! por modelo para presentar á la colectividad pública como cortada por aquellos patronés. ¡Dios te libre de caer entre sus manos, ó entre sus pies, el día ó la noche menos pensada!

¡Ya verás, ya verás el *zero* lo que te resulta, ó lo que te sale el *sietemesino!*

Y sobre todo... ¿crees que porque un hombre, no valga nada, domésticamente considerado, ya no es

apto para juzgar una producción lírica como bailable, con ribetes de filosófica? Estás en un error, Calixto.

Aquel tranquilo ciudadano que adora la butifarra catalana, porque es proteccionista, que pasa las noches que no hay estrenos en su modesta casa, confeccionando construcciones de á real y medio para el niño del portero, y *álbumes* de cromos para la niña del vecino; aquel tranquilito ciudadano, repito, es un apto, probo é inteligente funcionario, dotado con 1.500 pesetas de sueldo en cualquiera Dirección, y acostumbrado á despachar expediente sobre expediente, estampando cada informe que á Dios le enciende el pelo, y que termina con las burocráticas frases de «V. E., como siempre, resolverá lo más acertado.»

Y ese *zero* lee después lo que S. E. acordó (que fué, como siempre, lo más acertado), y estudia, comenta y piensa la resolución, juzgándola para *inter se*; y si no se atreve á hacerlo en voz alta, y á alzarse de ella... es por *mor* de una cesantía que le pondría (perdona la cacofonía) en el duro trance de no hacer más construcciones, ni confeccionar más *álbumes* ni digerir más butifarras.

¡Pero en el teatro!... ¡Allí es distinto!... ¡Allí no hay cesantía en lontananza, ni Director ni Ministro que le obliguen á creer que *aquello* es lo más acertado!

Ya juzgará la obra como se merezca. Para eso está autorizado, porque cuenta veintinueve años, siete meses y trece días, diez por día, de servicios al Estado: allí está nuestro *zero*. ¿Le gusta la obra? ¡Se calla! ¿No le gusta? Pues la juzga como sabe. ¡Con los pies!

¿Y el *sietemesino*? ¿Que no tiene más fortuna que los estipendios de su papá? ¿Que le han reprobado en cinco carreras? ¿Que le ridiculizan en el café?



¡Breno! ¿Y qué?
¡Pues vaya unas razones que das para no conceptuarla digno de juzgar una obra!

Le reprobaron... por envidias, y no por falta de sabiduría. Por la misma pícara envidia se movían los contentillos del café... y por envidia, y sólo por envidia... no le da su papá lo que es suyo; pero... ¡ya verás como se lo da el mejor día!

Y este ser *ridiculizado, suspenso y estigendiado*, tiene tan buen criterio como el primero, valé tanto como el primero y puede *patlear* como el primero, si no le gusta lo que ve.

¿No le suspendieron en un examen porque afirmó que el río Tajo tenía su nacimiento cerca de Teruel? ¡Como si los ríos no pudieran nacer donde les diese la gana!

Pues en uso de su derecho, ejerce, ya que no puede ejercer ninguna Facultad, el del *pataleo*, que él lo comprende mejor, mucho mejor, que el Derecho civil y el canónico.

EL AVESTRUZ

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS.—CONCLUSIÓN.—VÉANSE LOS NÚMEROS 55, 56, 57, 58, 59 Y 60.

[Pero... ¡cuál no fué su asombro al encontrarse cara á cara con su mujer, la cual, con traje de calle y el sombrero en la cabeza,

y rodeada de sus tres hijos, vestidos también para salir, y seguida de la criada, que llevaba varios paquetes en la mano, se despedía lacónicamente de él, con un *adiós* para siempre que le dejó helado de estupor!

Madama Martinot estaba densamente pálida. Sus ojos enrojecidos marcaban las huellas de recientes lágrimas; pero grave y fría, se aprestaba á representar la gran escena del

adiós supremo, con cierta frialdad no exenta de amargura.

¡Pobre señora!

—¡Hijos míos! exclamó dirigiéndose á los niños. Despedíos de papá. Dadle un beso, y vámonos.

Y tendiendo la temblorosa mano á su marido, añadió:

—Adiós, Pablo. Me has lastimado profundamente; no has sabido elegir entre el avestruz y yo; digo mal, has preferido al bicho. Está bien. Pero como estoy muy adelantada en mi embarazo, y necesito reposo y tranquilidad, abandono el techo conyugal, y te advierto que no volveré á poner los pies en esta casa hasta tanto no haya salido de ella ese horrible bicharraco. Me voy á casa de mi padre. Escríbeme, si quieres... adiós.

Y sin añadir ni una palabra más, pálida de color, dió media vuelta, cerró la puerta de golpe, y se alejó majestuosamente, dejando á Martinot mudo, temblando y con las lágrimas en los ojos.

Cuando quiso llamar á su mujer, ya era tarde.

Se había marchado, llevándose sus hijos.

—Y pensar que nada de esto me sucedería á no ser por el maldito encuentro con ese infame Busquet! En cuanto á las quejas de Adela, son injustas; yo la quiero, y mi cariño no se ha entibiado ni un solo minuto... es decir, tanto como un minuto, no, porque sería mentir... una noche, una noche tan sola olvidé mis deberes conyugales, y harto castigado estoy, porque desde aquella noche funesta, mi mujer ha cambiado completamente para mí. ¡Oh! ¡También en su vida hay algún misterio!

Al día siguiente, Martinot asistió á su oficina, donde se le hizo un recibimiento glacial. Quiso ver al jefe, y éste le recibió con cara de pocos amigos. Precisamente en aquel instante redactaba el próho, funcionario una comunicación al Ministro en contra del infortunado subjefo.

—Lea usted esto, dijo, alargando á Martinot el fatal papelito: léalo usted, y agradezca el sentimiento de compañerismo á que obedece mi resolución, mostrándole lo que podía ocultarle perfectamente. Pero quiero que usted lo repese y me diga si hay alguna frase, algún concepto que pueda lastimarme.

Pablo leyó aterrado la comunicación. Se hablaba en ella de cierta entrevista, de una *Cocotte* sin pudor que había turbado la paz de una familia honrada, y después de varios párrafos de mercedios

En fin, Calixto: no sé, no sé cómo has podido escribir un artículo, exponiéndote á las iras de media docena de *ceras* y de otra media de *sietemesinos*, que, al leerlo, de fijo exclamarán, poniéndose un pitillo en la boca, y arrojando el periódico con cierto desdén:

«*Calixto ne pouvait pas se consoler...*» etc. Y alguno de esos otros *estalleros*, que ni son *ceros* ni cosa que lo valga, dirán:

—¡Anda, anda: Calixto critica el *derecho del pataleo*, y no sabe que es lo único que les queda á los pobrecitos anticra!

[Qué desahogo]

ENRIQUE F. CAMPAÑO.

P. S. Acabo de leer en una zapatería el siguiente anuncio:

BOTAS ESPECIALES PARA ESTRENOS: TRES SUPLAS Y TACÓN CLAVETEADO.

¡Toma sandalias, toma!

elogios sobre la anterior conducta del extraviado funcionario, en que para atestarle mejor el golpe asesino se recordaban las graves responsabilidades auezas á su empleo, terminaba el maquiavélico escrito pidiendo al ministro la cesantía del pobre Martinot.

Este se disculpó con energía, refiriendo la verdad del caso; pero el jefe oyó con sonrisa incrédula su celosa peroración, y al terminar la contestó con acento desdenoso:

—Está bien, está bien. Pero haga usted por escrito su reclamación.

Martinot se alejó murmurando:

—Ese maldiceído Busquet... por vida de Busquet!

Regresó en seguida á Ville d'Ayray, redactó su nota é hizo reconstruir la caja del avestruz. La bestia, carente de tantos sinsabores, fué remitida al Jardín de Plantas, y Martinot, que deseaba sacar algo por ella, siquiera lo suficiente para comprarse otro gabán, solicitó una entrevista con el director del Jardín.

Después de los saludos de ordenanza, Pablo abordó resueltamente la cuestión, y preguntó cuánto le darían por el avestruz.

El director le contestó sencillamente:

—El Jardín zoológico no compra nada á los particulares. Se limita á aceptar los ejemplares que se le remiten, á título de regalo. Es todo lo que puedo hacer por usted. Aceptar gratis el avestruz.

Perdida aquella esperanza de sacar unos cuartos, Martinot dejó el animal, y corrió á casa de su suegro en busca de su mujer. Al entrar, el llanto de un recién nacido resonó dulcemente en su corazón de padre. Efectivamente, Adela acababa de colmar sus votos paternales por cuarta vez.

Penetró en el cuarto de madama Martinot, y su asombro no tuvo límites. Toda la familia rodeaba la cuna. El recién nacido, era un muchacho, rubio, blanco como un albino, circunstancia que llamaba á todos la atención, pues la madre y el padre eran ambos morenos, tirando á mulatos, y los chiquillos anteriores habían salido todos morenitos también.

Penetró en el cuarto de madama Martinot, y su asombro no tuvo límites. Toda la familia rodeaba la cuna. El recién nacido, era un muchacho, rubio, blanco como un albino, circunstancia que llamaba á todos la atención, pues la madre y el padre eran ambos morenos, tirando á mulatos, y los chiquillos anteriores habían salido todos morenitos también.

Además á esto que el chiquillo tenía en mitad del vientre una cabeza de avestruz, perfectamente dibujada, y un marabú debajo de los riñones. La criatura era un monstruo.

Martinot sintió un principio de escama al ver aquel muñeco que se le parecía tan poco.

—¡Sigue la broma de Busquet! dijo, dirigiéndose á su mujer, procurando ocultar sus lágrimas. En seguida le participó que el avestruz quedaba admitido en el Jardín de Plantas.

Un mes después de estos acontecimientos toda la familia se encontraba instalada de nuevo en el Pabellón Verde. El niño del avestruz en la barriga había muerto, y Martinot ocupaba su antiguo puesto en la oficina, donde esperaba tranquilamente que le propusieran para una obra.

Nada turbaba su dicha, puesto que todo lo ha dado al olvido, á no ser porque de vez en cuando le asalta el recuerdo de Bellat y sueña con terror si le ocurrirá á éste enviarle algún oso, pesadilla que viene á amargar la tranquilidad de su hoy plácida existencia.

Y si alguna de mis queridas lectoras acude al Jardín de Plantas á pasear sus lindos pequeñuelos, podrá ver sobre la cabeza de los avestruces una placa de cobre con la siguiente inscripción:

AVESTRUZ NEGRO DEL SENEGAL
Regalo de M. Martinot (Pablo).



CASAS RECOMENDABLES DE MADRID

Banco Hispano-Colonial.

BILLETES HIPOTECARIOS DE LA ISLA DE CUBA—Emisión de 1886.

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.º del real decreto de 10 de Mayo de 1886, tendrá lugar el 1.º sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, el día 1.º de Diciembre, á las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, Rambla de Estudios, núm. 1, principal.

Según dispone el citado artículo, sólo entrarán en este sorteo los 1.181.300 billetes hipotecarios que se hallan en circulación.

Los 1.181.300 billetes hipotecarios en circulación se dividirán, para el acto del sorteo, en 11.813 lotes de á 100 billetes cada uno, representados por otras tantas

bolas, extrayéndose del globo 11 bolas, en representación de las 11 centenas que se amortizan, que es la proporción entre los 1.240.000 títulos emitidos y los 1.181.300 colocados, conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone la real orden de 6 de Noviembre de 1889, expedida por el Ministerio de Ultramar.

Antes de introducirse en el globo destinado al efecto se expondrán al público las 11.638 bolas sorteables, deducidas ya las 115 amortizadas en los sorteos precedentes.

El acto del sorteo será público, y lo presidirá el presidente del Banco, ó quien haga sus veces, asistiendo además la co-

misión ejecutiva, director gerente, contador y secretario general. Del acto dará fe un notario, según lo previene el referido real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortización, y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Enero próximo.

Barcelona 15 de Noviembre de 1889. El secretario general, *Aristides de Artigano.*

Carmen, núm. 10.

AVANSAYS

Buenos vinos.

Buenos vinos.

AVANSAYS

Carmen, núm. 10.

SOBRINOS DE GUINEA

CARRETAS, 27 Y 29

CONFITERÍA Y REPOSTERÍA

Ya se han recibido los modelos fabricados exclusivamente para esta Casa en platitos para

BODAS Y BAUTIZOS

Carretas, 27 y 29.

LA INFANTIL

Fábrica de Guantes

DE

G. ZURRO

Los mejores y más baratos.
Encargos á la medida.

Carretas, 14.

JUAN FRANCISCO

RODRIGUEZ

Espoz y Mina, 17.

Almacén de blondas y «cajés».
Confecciones para señora y niños.
Lutos en 24 horas.
Vestidos, abrigos, sombreros.

ESPOZ Y MINA, 17

Madrid.

LA MARGARITA EN LOECHES

Antibiliosa, antiescrofulosa, antisifilítica, antiherpética, y muy reconstituyente. Treinta y siete años de uso general y favorable.

Depósito central: Jardines, 15, Madrid.

E. FERRERA

41, Carretas, 41.

GRABADOR, Y FÁBRICA DE SELLOS
EN CAUCHUC

Primera casa en España.

Numeradores Perforadores. Prensas para tallar cupones. Imprentillas á mano. Trazas y plomos de precintar.—CARRETAS, 41

MUEBLES

Y

TAPICERÍA

Riesco.

Hortaleza, 3. Teléfono 229.

Para anuncios

en esta plana ó en los teatros de Apolo, Martín é Infantil, dirigirse

Agencia de anuncios,

Montera, 51.

La Española

Chocolates los más acreditados de España.

Paseo de Areneros, 38.

Para toda clase de encargos, órdenes ó avisos referentes á esta Casa, dirigirse:

4, Preciados, 4.

DINERO por ALHAJAS

ROPAS Y EFECTOS

SALA DE VENTAS

CUATROCIENTOS relojes desde 8 pesetas.

CAPAS desde 10 pesetas.

MONTERA, 36

Esquina á la de Jardines.